

Aspectos psicológicos del destierro

"Exilio, es el otro nombre de la muerte", Shakespeare.



El exilio es siempre una experiencia traumática en la que el individuo es forzado a dar un paso que cambiará radicalmente su existencia. Cualquiera sea el país de destino o la preparación profesional o laboral anterior, el desterrado se enfrenta a un quiebre en su proyecto de vida. Implica la pérdida del espacio familiar, social y cultural en el que se desarrolló; la adaptación obligada a un medio nuevo ni siquiera imaginado; el aprendizaje de una nueva lengua; el tratar de compenetrarse y comprender las vivencias del nuevo entorno en el que se encuentra inmerso.

Al impacto emocional que significa un cambio de esta magnitud, en los chilenos se sumó un sentimiento de derrota frente al proyecto social y político violentamente destruido. Junto a ello, las graves experiencias que muchos sufrieron -como persecución, detención, tortura o desaparición de familiares- dificultó aún más la difícil tarea de enfrentar la nueva vida.

Ante la necesidad de rearmar la existencia, algunos y según el país que los acogió, se insertaron en el campo laboral según sus potencialidades y conocimientos, otros realizaron tareas distintas a su preparación, en tanto que la gran mayoría enfrentó la subsistencia combinando ambos quehaceres.

Unos llegaron solos, otros con hijos y pareja mediante la reunificación familiar respaldada por ACNUR, pero todos debieron separarse de su núcleo familiar más próximo: padres, hermanos, abuelos, primos.

Estudios realizados por psicólogos exiliados y de la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas (FASIC), destacan algunas peculiaridades psicológicas de los desterrados:

Sentimiento de pérdida de identidad. La identidad permite al individuo sentirse que existe en tanto persona en todos sus roles y funciones; es a la vez sentirse aceptado y reconocido por los otros, por su grupo y por su cultura. Siendo el concepto de identidad abstracto es posible entenderlo como lo cotidiano: *"la cotidianeidad consiste en la unidad inseparable del hombre y de la calle por la que camina, del café donde toma un trago, de las informaciones que recibe, de las relaciones que establece. Cotidianeidad que es a la vez una percepción y vivencia de la experiencia compartida en un mundo compartible grupalmente. Cotidianeidad que supone continuidad de tiempo y espacio, repetición de significaciones, reconocimiento de sí y de la propia experiencia, sin cortes ni rupturas"*, según Juan Carlos Carrasco [1]. Al producirse en el exiliado ese sentimiento de

pérdida de identidad, se sintió despojado de las claves que ella encierra, inhibiéndole insertarse adecuadamente en el nuevo medio.

Sentimiento de transitoriedad. Los anhelos de volver, recuperar lo perdido, desembocaron en algunos casos en situaciones de inestabilidad emocional y material ante la incertidumbre acerca de la duración que tendría el destierro.

Transculturación. Es el traslado de elementos de una cultura a otra. Según Horacio Riquelme, [2] *"la experiencia de desarraigo y de confrontación con el nuevo medio ambiente, definida en el lenguaje popular como 'destierro y destiempo', es decir, 'desquicio' de lugar y tiempo, significa para los afectados un proceso de transculturación de profundas consecuencias"*.

Biculturismo. Una parte importante de los exiliados chilenos logró asimilarse a la sociedad que los acogió. El contacto con realidades extranjeras moldea una nueva identidad que se complementa con la original dando paso al biculturismo, que consiste en reaprender nuevas formas de conducta, manejarse con el idioma, aceptar la realidad en que se vive, incorporándose así a la vida social, laboral y cultural asimilando las costumbres y hábitos vigentes sin renunciar por ello a su identidad propia. Esto último parece ser a grandes líneas el proceso vivido por aquellos que fueron capaces de crear una cultura rica y variada en el exilio.

Algunas personas estudiosas del tema ilustran la situación del exilio con la metáfora de Jano, *"dios de la mitología romana representado con dos rostros opuestos que miran en dos direcciones simultáneamente: uno vuelto hacia el pasado, expresa la ruptura, la pérdida, la separación, la nostalgia, el duelo y un cierto grado de fragmentación de su experiencia. Esto puede ser vivido como su muerte social rubricada por la imposibilidad del regreso. El otro rostro mirando el futuro, confronta al sujeto con un medio desconocido, extraño a sus prácticas sociales e impenetrable a su lenguaje, lleno de peligros reales e imaginarios, pero que también constituye un espacio de potencial satisfacción"*.

[1] Carrasco, Juan Carlos. 1984. Juntos lograremos amanecer. En: Escritos sobre el Exilio y Retorno 1978-1984. FASIC, Santiago, Chile, 284p. Pág.89.

[2] Riquelme, Horacio. 1987. Ensayos Psicoculturales. Ediciones Búsqueda. Buenos Aires, Argentina. 191p. Pág.165.

Bibliografía:

- Pavez, Darío. Marco Psicosocial del Exilio y los Efectos Psicológicos de la Represión. COLAT, Universidad de Lovaina, Bruselas, Bélgica.
- Reszcynski, Katia; Rojas, Paz; Barceló, Patricia. 1991. Tortura y Resistencia en Chile. Estudio Médico Político. Editorial Emisión, Santiago, Chile, 311p.